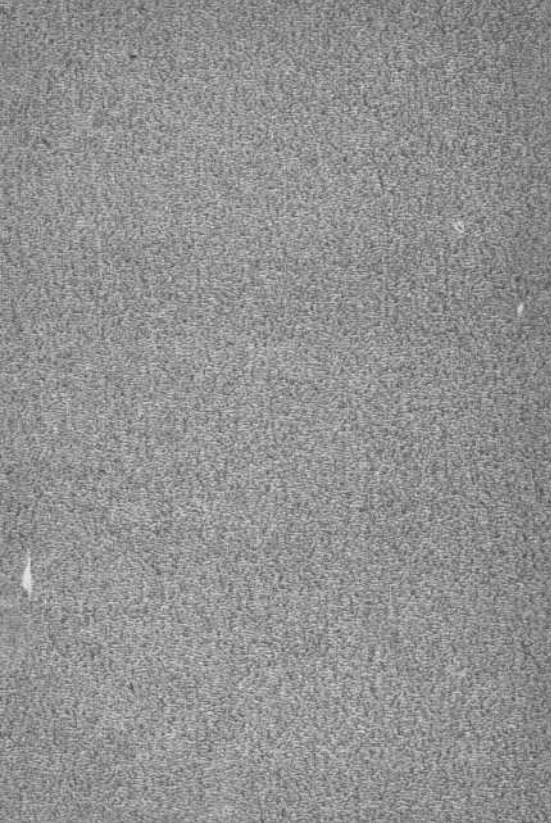
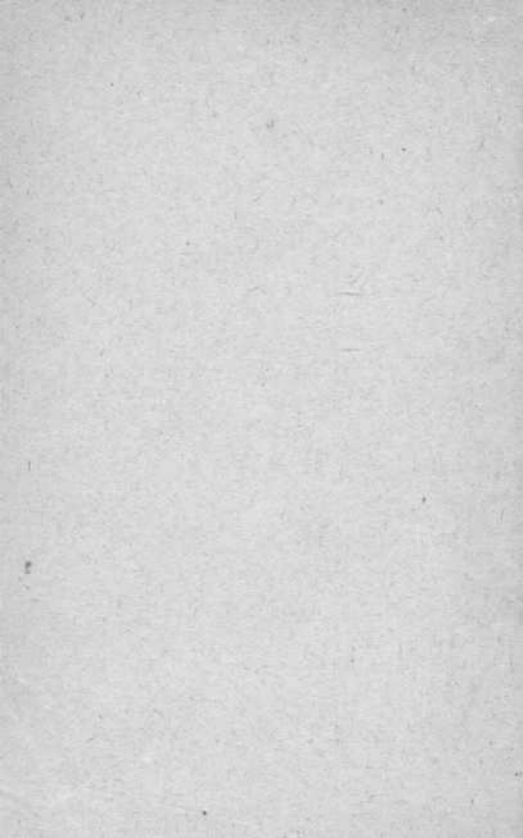


24.







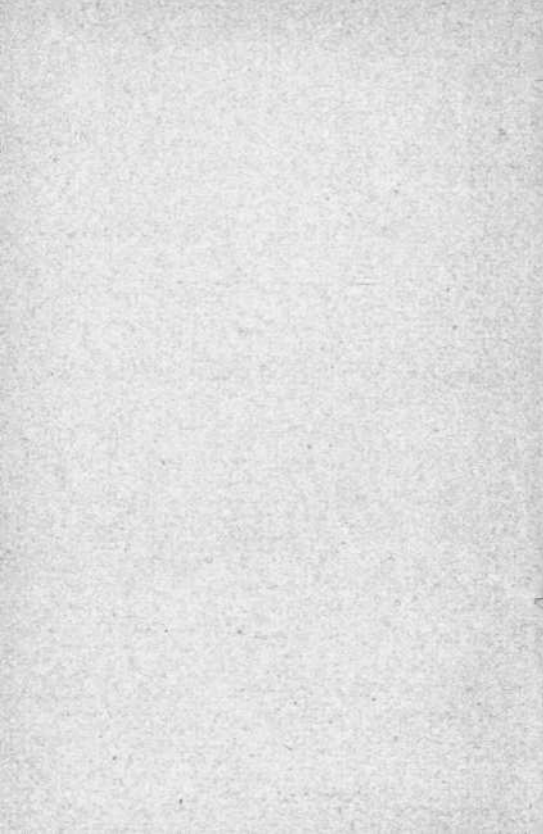


**FLORES
CELESTES.**



**VIDA
DE
SANTA TERESA DE JESÚS**

S. Calleja - MADRID.



VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESUS

VIRGEN

Y DE SAN CALIXTO, PAPA Y MARTIR

obra escrita por

EL P. JUAN CROISSET, S. J.

y traducida

POR EL P. JOSÉ F. ISLA

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica.



MADRID

SATURNINO CALLEJA FERNANDEZ

Calle de Valencia, núm. 28.

Casa editorial fundada el año 1876.



SANTA TERESA DE JESUS



VIDA
DE
SANTA TERESA DE JESUS
VIRGEN

(15 de Octubre.)

Nació en Avila, ciudad de Castilla la Vieja, el día 12 de Marzo de 1515, siendo la menor de tres hijas que tuvieron Alfonso Sánchez de Cepeda y Doña Beatriz de Ahumada. Era muy aficionado su padre á leer libros espirituales, y todos los días hacía que se leyese la vida de algún Santo delan'e de toda la fami-

lia. Encontraba en esto grandísimo gusto la niña Teresa; y ella misma leía muchas veces con otro hermano suyo, llamado Rodrigo, de poca más edad, las historias y vidas de los Santos, sobre todo las de aquellas delicadas jóvenes doncellitas que habían derramado su sangre por Jesucristo. Hicieron tanta impresión estos ejemplos en los dos tiernecitos corazones, que ambos resolvieron escaparse secretamente de la casa de sus padres para ir á tierra de moros en busca del martirio, teniendo á la sazón Teresa sólo siete años y Rodrigo diez. Ya estaban en camino, cuando los encontró un tío suyo, que los recogió y los restituyó á su casa; y viendo los dos niños que no había forma de ser mártires, determinaron hacerse por lo menos ermitaños. Con este intento fabricaron en la huerta de la misma casa dos celditas ó pequeñas cuevas, que levantaron con ramas de árboles, adonde se retiraba Teresa muchas veces al día para hacer oración.

Estos bellos principios que había pro-

ducido la lectura de los buenos libros se cortaron ó se interrumpieron de repente con la de libros malos. Perdió á su madre siendo de edad de doce años y comenzó á tomar gusto en leer novelas. Esta fué la primera causa de haberse resfriado en sus buenos deseos y de ser infiel en todos los demás. En estos libros aprendió la inclinación á las galas, á la profanidad, á sobresalir, á brillar, y en fin, el deseo de ser amada.

Su padre la llevó á un convento de monjas.

Antes de cumplirse ocho días de aquel recogimiento, sintió poseído su corazón de un sumo disgusto y de un vivo dolor de todas sus vanidades, retoñando entonces todas las virtuosas inclinaciones de sus primeros años. Atribuyó esta mudanza á la particular protección de la Madre de Dios.

Fluctuaba dudosa en la elección de estado ó de religiosa ó de casada, cuando se halló acometida de una grave enfermedad, con cuya ocasión la sacó su padre del convento para curarla en su

casa. Luego que se recobró algún tanto, la envió á una aldea donde vivía una hermana suya, para que se acabase de reparar, y en el camino visitó á un tío suyo que hacía vida solitaria. Con las santas conversaciones del devoto ermitaño, y con la lectura de libros espirituales, particularmente de las epístolas de San Jerónimo, reconoció el peligro que había corrido de perderse eternamente; y á pesar del horror que la causaba la consideración de los trabajos y austeridad del estado religioso, especialmente en su delicada complexión, resolvió no abrazar otro. Costóla muchos ruegos y muchas lágrimas alcanzar el consentimiento de su padre. Pero apenas salió de casa para ir al convento cuando se sintió asaltada de una repugnancia tan extraordinaria, acompañada de tan vivos y tan agudos dolores, que la hubieran quitado la vida á no haberla sostenido Dios.

Victoriosa de este último combate entró con heroico valor en el convento de las Carmelitas de Avila, el día 2 de

Noviembre del año 1535, á los veinte de su edad. Las penitencias alteraron extraordinariamente su salud, delicada por su naturaleza. Acometiéronla unos males de corazón tan violentos y unos vómitos de tan mala calidad, que se llegaron á temer funestas consecuencias. Aún no estaban en aquel tiempo las religiosas obligadas á la clausura; y así la envió su padre, en compañía de otra monja amiga suya, á casa de su hermana, para que se hiciese algunos remedios, con los cuales se acabó de arruinar enteramente su salud.

Sintiéndose Teresa cada vez más enferma, en pocos días se halló reducida á la última extremidad. Viéndola su padre en aquel estado, se la llevó á su casa, donde apenas entró, cuando el día de la Asunción la asaltó una sincopal y cayó en un desmayo tan profundo, que la tuvieron por muerta por espacio de cuatro días. Al cabo de ellos volvió en sí; pero no se vió enteramente libre de tantos males hasta de allí tres años, después que la inspiró Dios se encomen-

dase al Patriarca San José, á quien reconocía deber su curación.

Las frecuentes conversaciones que tenía con las personas que la habían visitado, produjeron ciertas amistades que, aunque inocentes, no dejaron por eso de perjudicarla. Ocupando el tiempo en el coro y en el locutorio, muy en breve se disgustó del primero; tanto que llegó á persuadirse era especie de hipocresía querer ser esmerada en sus devociones; y sobre este principio se dispensó en la mayor parte de los ejercicios de comunidad. Esta conducta la puso en evidente peligro de perderse; pero detúvola Dios cuando estaba ya en el borde del precipicio. Habiendo muerto su padre, á quien salió á asistir en la última enfermedad, volvió á retirarse á su convento, resuelta á volver también al ejercicio de la oración, como se lo aconsejó con la mayor eficacia un religioso del Orden de Predicadores, con quien á la sazón se confesaba. Apenas volvió á este santo ejercicio, cuando conoció toda la iniquidad y toda la amar-

gura de su relajación. Detestóla dolorosamente, y toda la vida fué motivo de su llanto. Leyó por este tiempo las confesiones de San Agustín, y esto fué, por decirlo así, como el bosquejo de su perfecta conversión, cuya grande obra perfeccionó la inopinada vista de una pintura, que representaba al Señor atado á una columna en el paso de los azotes. Fortalecida Teresa con una nueva gracia, rompió, en fin, todas las prisiones, y en el mismo instante se halló elevada á un grado muy sublime de contemp'ación. Pero como el Señor la tenía escogida para amada esposa suya, todavía quiso purificar su corazón con una sensibílísima prueba. Permitió que todos los confesores que buscó desaprobasen su espíritu, tratando de ilusión los favores que recibía del cielo, condenando su modo de oración y no queriendo creer que favoreciese Dios con tan singulares gracias á un alma inconstante que tantas veces le había sido infiel. Atormen'tábala el temor de estar ilusa y engañada; pero una de las cosas que la mortifi-

caban más era la publicidad de los particulares favores con que Dios la regalaba. Decíase que pretendía ser tenida por Santa, antes de dar pruebas de buena religiosa, no cumpliendo con las obligaciones comunes y aspirando á distinguirse por extravagancias y por singularidades. Ya deliberaba dentro de sí misma si dejaría enteramente la oración, cuando el Señor la consoló, deparándola un confesor sabio, prudente y muy práctico en los caminos de la vida interior. Era este un padre de la Compañía de Jesús, el cual la prescribió el modo de gobernarse, y la aconsejó renunciase ciertas cosillas, que á la verdad no eran defectos esenciales, pero sin embargo la atrasaban muchos en los caminos de Dios. Mandóla que meditase en la vida y misterios de Jesucristo, exhortándola á que hiciese más aprecio de la mortificación de las pasiones que de todas las devociones sensibles.

Llegó por entonces á Avila San Francisco de Borja: consultó luego con él

Santa Teresa sus dudas, y aquel gran hombre le respondió que todo lo que sentía era verdaderamente obra del Espíritu Santo. Hallándose un día en oración tuvo el primer raptó, en que le pareció le decía Jesucristo, que desde allí en adelante toda su conversación había de ser con los ángeles; y desde aquel dichoso día se halló por la bondad de Dios como transformada en otra persona muy distinta. Tanto se le daba que hablasen mal como bien de ella; pero se le notó más delicada que nunca á la más leve sombra de pecado. Tomó por confesor, habiendo perdido al que tenía, al célebre P. Baltasar Alvarez, de la misma Compañía de Jesús, y fueron maravillosos los progresos que hizo en la misma elevada perfección con un director de tanto magisterio en la ciencia del espíritu.

Pero como no siempre los hombres más sabios son los más prácticos en la vida espiritual, no faltaron muchos á quienes se les hizo sospechoso el camino de Teresa. Juntáronse seis sujetos que

por su estado hacían profesión de hombres espirituales: examinaron y conferenciaron sobre las cosas de nuestra Santa, y resolvieron que estaba ilusa. Intentaron privarla de la sagrada Comunión; pensaron delatarla al Santo Tribunal; discurrieron si la exorcizarían, considerándola poseída: y en fin, no perdonaron á su director que á la sazón se hallaba ausente, tratándole de hombre crédulo, fácil y ligero. Ni en Avila, ni en la mayor parte de las Universidades de España se hablaba de otra cosa que de las imaginadas ilusiones de Teresa. No era posible martirio más doloroso ni estado de alma más digno de compasión. Oprimida de tristeza, combatida de temores y anegada en lágrimas se arrojó á los pies de un Crucifijo, faltándola poco para expirar bajo la violencia del dolor; cuando en el mismo punto oyó una voz interior que le decía: *No temas, hija, yo soy, no te abandonaré*; á cuyas palabras se desvanecieron todas sus dudas y temores. Hablando un día con una sobrina suya que estaba de seglar

en el mismo convento, y con otra religiosa joven de sus particulares amigas, se la escapó el decir riéndose y como de burlas, que ya no la gustaba la vida de aquella casa. *Pues bien* (replicó la sobrina), *retirémonos las tres y hagamos otra vida más estrecha, para la cual ofrezco desde luego treinta mil ducados.* Cierta señora de mucha virtud la confirmó en el mismo pensamiento, y todas cuatro se obligaron muy de corazón y muy seriamente á llevarle adelante, después que Jesucristo declaró á Santa Teresa que, con efecto, la tenía destinada para fundar esta reforma.

Asegurada ya de la voluntad de Dios, ningún estorbo fué capaz de acobardarla, y animada á la misma generosa empresa por el P. Baltasar Alvarez, su confesor, por San Pedro de Alcántara y por San Luis Bertrán, de la Orden de Santo Domingo, dió al público aquel noble y grande intento y comenzó á poner manos á la obra. Movi6 Dios en su favor al Papa, al Obispo de Avila y á su mismo General, con cuya aprobaci6n

compró una casa para dar principio á la reforma. Pero las quejas de su convento de la Encarnación; las contradicciones de los Padres Carmelitas; la resistencia de la nobleza; la oposición de los magistrados; la murmuración de los pueblos y la formal contradicción de la ciudad metieron tanto ruido, que pareció preciso contemporalizar y sobreseer en la empresa. Por fin, después de muchos lances, llegó á sus manos el Breve que la había despachado el Papa Pío IV para fundar la reforma, y entró en su nuevo convento, que quiso se consagrara con la advocación de San José, bajo cuyo nombre no había aún otra Iglesia, entrando con la Santa otras cuatro doncellas de extraordinaria virtud, que ella misma había escogido para que fuesen los cuatro pilares de aquel espiritual edificio. Hizose esta fundación con toda solemnidad el día 24 de Agosto de 1562, día en que el mismo Obispo de Avila bendijo la Iglesia. Tal fué el nacimiento de aquella célebre reforma, ó por mejor decir, de aquella nueva religión.

Viendo Teresa que cada día se iba aumentando el número de sus hijas, se aplicó á disponer la regla y forma de vida que habían de observar. Puso por fundamento de su regla el ejercicio de la oración, acompañándola de mortificación de los sentidos. Entabló la más estrecha clausura; cerró los locutorios; prohibió el trato y comunicación con los seglares, y aun limitó las conversaciones de las monjas unas con otras, permitiéndoselas solamente breves y raras. Desterró todo comercio con el mundo, queriendo que sus religiosas no tuviesen otro recurso en sus trabajos que los consuelos divinos, los que son como hereditarios en ellas; reformó el hábito, mudando la estameña en grosera jerga, los zapatos en alpargatas ó sandalias, los colchones en jergones de paja, y el alimento delicado en pobre y grosero sustento. Luego que hubo arreglado su convento, no sólo fué menester ensanchar la casa, sino multiplicar también el número de los conventos que abrazaron la reforma, fundando diez y seis en menos de doce años.

No le costó menos la reforma de los frailes que la de las monjas. El día 30 de Noviembre del año 1568 tuvo principio la reforma de los Carmelitas Descalzos, que animados de aquel espíritu interior, que les dejó su Santa madre, dan tanto honor á la Iglesia

No hubo Santa ni más ilustrada en los caminos de Dios, ni que poseyese la ciencia de los Santos en más elevado grado de perfección, ni que fuese dotada de más claras luces, ni de más celestial sabiduría, todo sobre el sólido cimiento de una profunda humildad. En virtud de esto, sólo por pura obediencia á sus confesores, dió al público tantas maravillas. Lo primero que la obligaron á escribir fué la historia de su vida, y no fué este el menor sacrificio que hizo en ella. Compuso después el *Tratado de la Perfección*, por orden de su confesor, el cual le mandó también que escribiese la historia de las *Fundaciones de sus conventos*. A esta se siguió el *Castillo del alma*, el *Tratado de los pensamientos del amor de Dios sobre el cántico de los cánti-*

cos, obra admirable que su profunda humildad condenó al fuego, y sólo se pudo salvar de las llamas un trozo de la primera parte, que se encontró en la celda de una religiosa, la cual la había copiado de su mano para su uso. Las demás obras de la Santa son: el *Camino de la perfección*; *Instrucciones sobre la oración mental*; *Meditaciones para después de la Comunión*, y la colección de sus *Cartas*. Todas estas obras son á un mismo tiempo el mejor panegírico de su excelente entendimiento, el más vivo retrato de las sublimes virtudes de su abrasado corazón y un inestimable tesoro con que el Espíritu Santo quiso enriquecer su Iglesia.

Conociendo la Santa que cada día se iba debilitando más, escribió á la mayor parte de sus conventos, dándoles aquellos saludables consejos que más convenían á cada uno. Pero á todos les encomendó la exacta observancia de las reglas más menudas, el frecuente y constante ejercicio de la oración, y el juntar siempre con el espíritu interior el de la continua mortificación.

El año 1582, día de San Mateo, entró en Alba oprimida y consumida de males: pero comulgaba todos los días con tal fervor, que no se reconocía en él su debilidad. Sobrevínola el día de San Miguel un flujo de sangre que la rindió á la cáma, y pasó toda aquella noche y el día siguiente en muy fervorosa oración. El primer día de Octubre hizo que le llamasen al P. Fr. Antonio de Jesús para confesarse. Preguntóla este padre si en caso de morir quería que su cuerpo fuese llevado al convento de San José de Avila, que era su propia casa. «¡Pues qué! respondió la Santa: ¿tengo yo acaso en este mundo casa alguna propia? ¿Y no me darán aquí un poco de tierra para enterrarme?» La víspera de San Francisco pidió el Santo Viático, y juntando las manos dijo á sus religiosas estas tiernas y últimas palabras: «Hijas mías y mis señoras; pídelas por amor de Dios que observen exactamente las reglas y las constituciones, y que no pongan los ojos en los ejemplos de esta indigna pecadora que está para morir;

piensen solamente en perdonarla.» Luego que entró en su celda el Señor Sacramento, dándole fuerzas el amor de Jesucristo, se incorporó por sí sola en la cama; inflamósele y animósele el semblante, y volviendo los ojos á Jesucristo, arrojando centellas de amor por ellos, exclamó: «Venid, Señor, venid, amado esposo: ya, en fin, llegó la hora y voy á salir de este destierro. Tiempo es ya y muy justo que os vea, después que este ardiente deseo por tan largo tiempo me ha despedazado el corazón.» En fin, después de haber recibido la Extrema-Unión, repitiendo muchas veces estas palabras: *yo soy hija de la Iglesia*, abiertos los ojos y fijos en el Crucifijo que tenía en las manos, rindió dulcemente su alma en las de Dios el día 4 de Octubre, hacia las nueve de la noche, del año 1582, á los sesenta y siete de su edad y veinte después de la reforma.

Al día siguiente fué enterrado con gran solemnidad el santo cuerpo. El día 4 de Julio del año siguiente se abrió la caja; su cuerpo se encontró tan ente-

ro, tan fresco, tan rojo y tan flexible como si estuviera vivo. Tres años después fué elevado de la tierra el santo cuerpo, y conducido á Avila, habiéndose encontrado tan entero y tan fresco como en la primera visita. En fin, el año de 1589, el Papa Sixto V, á solicitud del Duque de Alba, mandó que aquel precioso tesoro se restituyese al convento de Alba, donde se conserva hoy tan entero como el día de su muerte. Fué beatificada Santa Teresa el año de 1614, por el Papa Paulo V, y solemnemente canonizada el de 1622 por Gregorio XV.



VIDA DE SAN CALIXTO

Papa y mártir.



(14 de Octubre.)

San Calixto fué romano de nacimiento, hijo de Domicio, y probablemente de una familia romana. Nada encontramos escrito de San Calixto antes de su pontificado; sólo es cierto que fué individuo del clero romano, y que se distinguió en él por su eminente virtud. Muerto San Ceferino, cuyo martirio sucedió el día 26 de Agosto del año 218,

algunos meses después, de común consentimiento, y á una voz, fué elevado San Calixto á la Silla Apostólica.

Durante su pontificado no padeció la Iglesia persecución alguna, concediéndola Dios la paz después de la muerte del emperador Severo. Hacía más de seis meses que reinaba ya Heliogábalo, príncipe que estaba tan enteramente entregado á sus infames disoluciones, que no tenía tiempo ni aun para acordarse de los cristianos. Nada omitió el santo Pontífice para aprovecharse todo lo posible de esta calma. Excitaba el fervor de los fieles de Roma con sus exhortaciones, y los animaba á la más encendida caridad con sus ejemplos.

Aún amanecieron mucho más serenos aquellos tranquilos y bellos días de la Iglesia el año de 222, cuando Roma y el Imperio se vieron libres de Heliogábalo. Su sucesor Alejandro se mostró tan favorable á los cristianos, que les dejó la mayor libertad que habían tenido para ejercer su religión desde el nacimiento de la Iglesia. El mismo estaba

muy inclinado á ella, y su madre Mamea la profesaba, por lo que el Emperador favorecía en todas ocasiones á los cristianos dentro de la misma Roma. Tardó poco en ofrecerse una de que se aprovechó el santo Pontífice. Suscitóse un pleito entre los cristianos y los taberneros de Roma, sobre cierto sitio que éstos pretendían para poner una taberna, y aquéllos para juntarse á santos ejercicios de su religión. El Emperador se lo adjudicó á éstos, sin embargo de haberle representado que se lo habían usurpado al común; *No importa*, respondió el Emperador, *mejor es que en él sea adorado Dios, sea como fuere, que el que lo ocupe un tabernero.* Luego que se vió en posesión de él San Calixto, levantó allí mismo una Iglesia en honor del parto de la Santísima Virgen; por ser antigua y constante tradición entre los fieles, que en el instante en que parió esta Señora, había brotado en aquel mismo sitio una copiosa fuente de aceite. Llámase hoy esta Iglesia *Nuestra Señora trans Tiberim*, y desde aquel tiem-

po comenzaron los cristianos á tener iglesias públicas con permiso ó con tolerancia de los magistrados.

Por el mismo tiempo mandó San Calixto fabricar en la vía Apia aquel famoso cementerio de su nombre, el más capaz y el más célebre de todos los que hay en el contorno de Roma, pues se asegura están sepultados en él hasta ciento setenta y cuatro mil mártires, y entre ellos cuarenta y seis Papas.

Sin embargo de haber gozado la Iglesia tanta paz en tiempo de tan buen Emperador, y no obstante el respeto que este príncipe profesaba á Jesucristo, no por eso se dejaron de ver algunos mártires en su reinado, ya por la malignidad de los sacerdotes, ya también por sublevaciones y motines de los pueblos idólatras. En este número entró San Calixto; y la ocasión de una persecución que hizo tantos mártires y tanto ilustró á la Iglesia, fué la siguiente:

En el año 224 del nacimiento de Cristo, cayó un rayo en la parte meridional del Capitolio, y abrasó una gran

parte de aquel soberbio edificio. Al mismo tiempo prendió fuego en otro templo, dedicado á Júpiter, cabeza de los dioses, y desprendiéndose por sí misma la mano siniestra de su estatua, se derribió en medio de las llamas. Atemorizáronse los idólatras, juntáronse los sacerdotes de los ídolos y convinieron en que los dioses estaban irritados, y que era menester aplacarlos con nuevos sacrificios. Destinóse para este acto público de religión el jueves siguiente.

Habíase dado principio desde el amanecer á aquellas supersticiones; y cuando estaban más enfrascados en ellas, el cielo, que hasta aquel punto se habia mostrado sereno, se encapotó de repente y rompió en una tempestad tan deshecha y tan furiosa, que cuatro sacerdotes de los ídolos perdieron la vida por la violencia de los rayos, y el altar de Júpiter quedó reducido á cenizas. Apoderóse de los idólatras tanto temor y tanto espanto, que muchos de ellos huyeron apresuradamente hasta ponerse en salvo fuera de la ciudad. Otros se re-

tiraron á la otra parte del Tíber, y refugiándose en lugares apartados, encontraron al santo Pontífice, con sus clérigos, y con una multitud de fieles que se habían juntado para cantar las divinas alabanzas en los sepulcros de los Santos mártires. Entre los gentiles que iban huyendo, era uno Palmacio, varón consular; y habiendo visto toda aquella gente junta, notando también las sagradas ceremonias de nuestros divinos misterios, no puso la menor duda en que todo el estruendo de rayos y de tempestades era efecto de aquellas secretas ceremonias. El mismo Palmacio, celosísimo gentil, fué de los primeros en delatar á los cristianos ante el gobernador. Nada se detuvo en deliberar el gobernador, y dió comisión al propio Palmacio para prender á aquellos imaginarios encantadores, y para obligarles á sacrificar á los dioses del Imperio.

Animado Palmacio de un género de celo que declinaba en furor, tomó consigo un destacamento de soldados y los llevó al paraje donde estaban congrega-

dos los cristianos. Pero con asombroso prodigio, luego que llegaron á él, todos los soldados perdieron de repente la vista, y atemorizados se pusieron todos en precipitada fuga. Palmacio voló á casa del prefecto y le contó cuanto había sucedido. Ni por eso se dejó de atribuir aquel nuevo portento al arte mágico de los cristianos, y para eludir la fuerza de los supuestos encantadores y hechiceros, se acordó que era preciso hacer en el Capitolio un sacrificio en obsequio de Mercurio. Apenas se había dado principio á la sacrílega ceremonia, cuando una Virgen del templo, llamada Juliana, que estaba poseída del demonio, comenzó á exclamar en medio de todo el concurso: *El Dios que adora Calixto es el verdadero Dios. No puede sufrir las abominaciones vuestras y castigará á todos aquellos que no adoran la verdad.* Hizo tanta fuerza en Palmacio esta confesión de la verdad, por la boca misma del demonio, que saliéndose disimuladamente del templo, se fué á arrojar á los pies del santo Pontífice, confesó á voz en grito que no ha-

bía otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y le pidió con las mayores instancias el bautismo. Así San Calixto, como todos aquellos fieles, rindieron mil gracias á Dios por tan milagrosa mudanza. Fué Palmacio en breve tiempo instruido y bautizado, siguiendo tan glorioso ejemplo su mujer, sus hijos y sus criados y un senador de Roma, llamado Simplio, gran amigo de Palmacio.

No podían menos de meter mucho ruido unos prodigios de tanto estruendo. Aunque el gobernador de Roma, por no tener orden del Emperador, procedía lenta y flojamente en las quejas que cada día llegaban á su tribunal contra los cristianos, le pareció que ya no podía disimular más, temiendo algún alboroto del pueblo. Levantaban el grito los sacerdotes de los ídolos, y los paganos amenazaban una sedición, si no se castigaba á los que, á su modo de entender, eran la causa de las calamidades públicas. En tan críticas circunstancias mandó el prefecto arrestar á todos los recién convertidos, juntamen-

te con el presbítero Calepodio, que era el que los catequizaba, y sin otra formalidad de proceso les mandó cortar á todos la cabeza. Dió después sus órdenes expresas para que por todas partes se buscase á San Calixto, autor de todas aquellas conversiones, persuadido de que su muerte sosegaría el furor del pueblo. Hallósele en casa de Ponciano, donde regularmente se retiraba para celebrar el santo sacrificio y los divinos oficios. Cargáronle primero de palos y después de cadenas, metiéndole en la cárcel, donde le dejaron cinco días sin darle el menor alimento. Los ministros del gobernador añadían á este suplicio todo género de malos tratamientos. Sosteníase con el vigor de su fe la flaqueza de su cuerpo debilitado. Quisole Dios recrear en sus tormentos, no sólo con las dulzuras interiores que inundaban su corazón, sino con una visión que le llenó de consuelo. Apareciósele el Santo mártir Calepodio y le anunció que se acercaba ya el día de su triunfo, asegurándole que el día siguien-

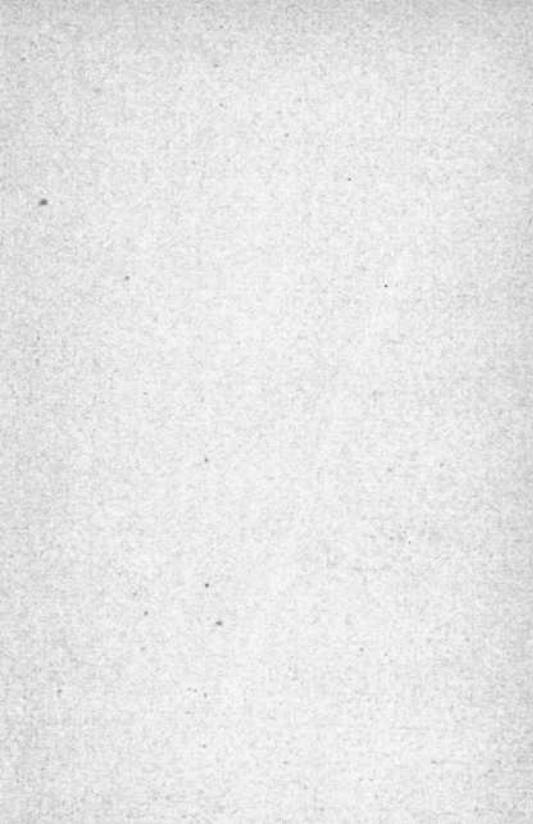
te recibiría la corona que Dios le tenía preparada en el Cielo. En el mismo día tuvo todavía tiempo para bautizar á un soldado, por nombre Privato.

Noticioso el prefecto de este último hecho, pronunció sentencia de muerte contra el santo Papa y contra el dichoso soldado, el cual expiró á violencia de los azotes que le dieron con correas emplomadas. Arrojóse después el furioso populacho sobre nuestro Santo, arrastróle inhumanamente por las calles y al fin le echó en un profundo pozo, donde puso fin á su glorioso martirio el día 14 de Octubre de 224; habiendo ocupado la Silla apostólica cinco años, un mes y doce días. Diez y siete días después de su martirio sacó del pozo el santo cuerpo un presbítero llamado Asterio y lo enterró en el cementerio de San Calepodio, en la vía Aureliana. El año de 854 consiguió el conde de San Everardo del Papa León IV el cuerpo de San Calixto y el año siguiente lo hizo conducir al monasterio de Cisoín, que el mismo conde había fundado, cuya iglesia se

dedicó á nuestro Santo; pero habiendo sujetado el monasterio de Cisoín á la Iglesia de Reims el conde Rodolfo, hijo de San Everardo, el Arzobispo de Foulques ó Fulcón hizo trasladar á Reims el cuerpo de San Calixto; y en aquella santa iglesia es reverenciado con gran concurso del pueblo.

FIN

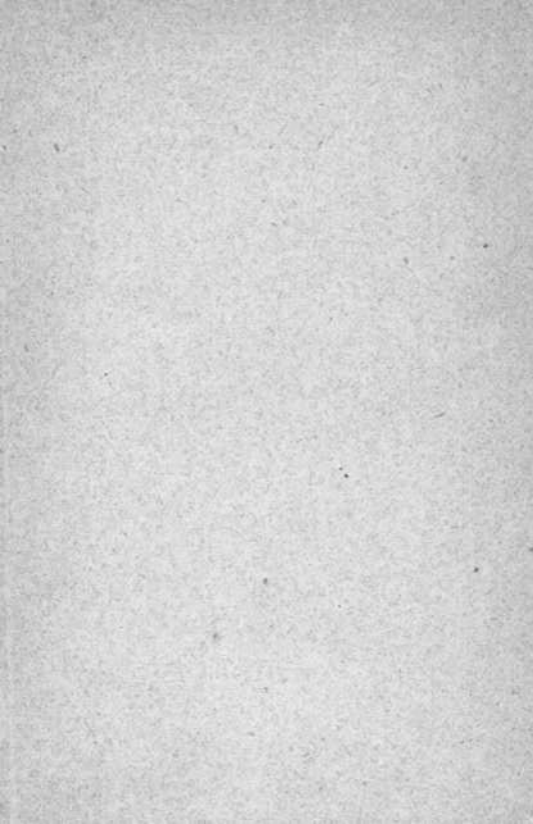


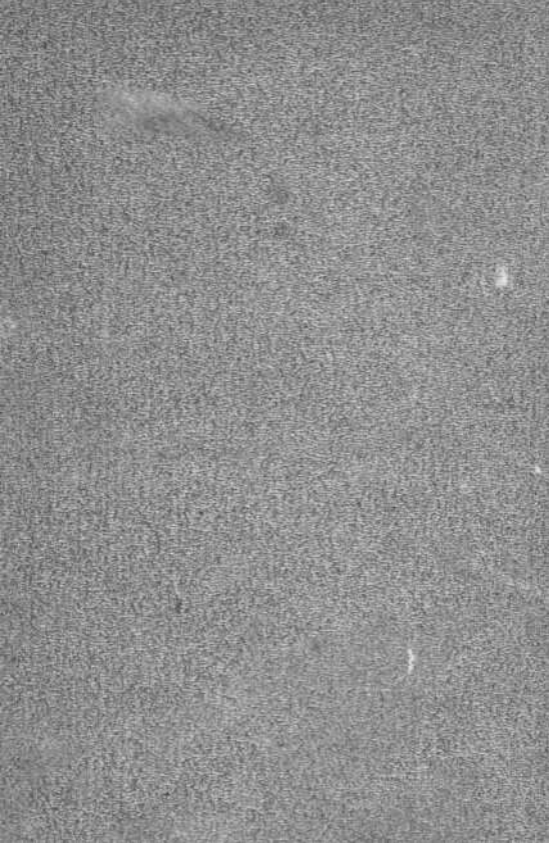












MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	1724	Precio de la obra,.....	Ptas.
Estante.....	12	Precio de adquisición. »	»
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»

17



1724.